



EL REINADO DE UN TUERTO.

(Continuación.)

IV.

Por esos campos de Dios.— El pajareo.— Siguen los triunfos del tuerto.— El tuerto confiesa que lo es.— El espantaperros.— El secreto aritmético.— El secreto paleográfico.— La Nemotecnia.— De cómo veía el tuerto donde no veían los ciegos.— La hidrotrimetría.— Echemos un mus.

El día siguiente me levanté temprano y me fui sólo á recorrer las cercanías de la aldea, que eran muy amenas, y sobre todo en aquella estación. Donde particularmente me detuve fué orilla de un riachuelo que se formaba, con bastante caudal para dar movimiento á un molinillo, de un arroyo procedente de unos peñascales calcáreos, y de otro que bajaba de una montaña silíceo y se juntaban un poco más arriba del molino. Aquel vallecito era delicioso. Las márgenes del riachuelo, que saltaba de roca en roca, estaban lle-

nas de cerezos, nogales, manzanos y ciroleros, cuyo ramaje, entrelazado de parras silvestres, se cruzaba de una orilla á otra. Vergüenza da ya hablar de pájaros en ocasiones como ésta, porque versificadores y prosadores han molido ya tanto al respetable público con su sempiterno pajareo, que yo casi casi tengo tentaciones de pronunciarle contra los pájaros tan cerrilmente como se han pronunciado contra los pobres gorriones nuestros labradores del interior de España; pero la verdad es que, á pesar de esto, me pasé las horas muertas en aquellas enramadas, oyendo embelesado un concierto de mirlos y malvises que no se pagaba con dinero, y poco ménos me sucedió en las enramadas que daban sombra á una porción de fuentecillas esparcidas en aquella suave y

florida ladera desde la aldea al riachuelo.

Cuando volví ya estaban el campo y el pórtico de la iglesia llenos de gente, atraída por el primer toque de misa.

Cuando las gentes me vieron llegar, todos los hombres se descubrieron la cabeza, todos los que estaban sentados se levantaron, y todos se adelantaron á saludarme; y como tratase yo de declinar, por inmerecida, tanta honra y tanto respeto, el señor maestro me interrumpió diciendo:

—No se canse V., D. Antonio, en hacerse el chiquito, porque no nos ha de convencer de que no es un gran hombre. Déjenos V. cumplir con nuestra obligacion, que obligacion muy sagrada es en los ignorantes, como nosotros, el honrar, respetar y admirar á los sabios como V.

Mientras el maestro hablaba así, yo, colorado como un tomate, aunque no me disgusta que me piropeen, si bien no tanto, no tanto, decia para mí:

—Nada, no hay más remedio, tengo que enseñar la oreja y echar muy enhoramala las teorías de D. Pablo el de Deusto. Si lo hago, es muy posible que me griten ¡la del humo! al alejarme de la aldea; pero en razon y conciencia, no debo consentir que esta buena gente siga creyéndome un rico melon, cuando no soy más que una pobre calabaza.

En esto sonó el segundo toque de misa; la gente comenzó á entrar en la iglesia, y yo imité su ejemplo.

Oí misa en el presbiterio, donde ya me tenían preparado al efecto el asiento prominente que en lo antiguo se reservaba al patrono, y que tuve que aceptar, quieras ó no quieras, y despues de misa se renovaron en el pórtico y el campo los laudes á mi sabiduría, tanto, que para esquivarlos no tuve más remedio que retirarme á mi alojamiento con pretexto de acompañar al señor cura, que salia de la iglesia en aquel instante.

Como hacia ya bastante calor, y me bastaba hora y media para regresar á Bilbao en el excelente caballo que habia dejado en el valle, determiné permanecer en la aldea hasta las cinco de la tarde.

Es costumbre en aquellas aldeitas reunirse el vecindario el dia de fiesta por la tarde en el campo de la iglesia, donde la gente baila, conversa, y juega á los bolos, la pelota ó los naipes, casi sin interes alguno, asistiendo el señor cura y las demas personas principales á esta reunion.

Aquella tarde sucedió esto mismo. Apenas el señor cura y yo bajamos al campo, volvieron á asediarme los elogios á mi sabiduría y las pruebas de respeto y admiracion, que me iban ya siendo insoportables, á pesar de mi pícara aficioncilla al incienso.

Con objeto de librarme de alabanzas mudando de conversacion, hablé de la abundancia de fuentes que tenía la aldea.

—Sí, gracias á Dios, dijo el maestro, no nos faltan fuentes, aunque no todas son buenas.

—Tiene V. razon, que segun vi esta mañana al dar una vuelta hasta el molino, al paso que el agua de unas fuentes es exquisita por lo delgada, la de otras es gorda y cruda como un demonio. Ya puede cualquiera atracarse de agua en las fuentes del Castañar, de la Peña y del Manzano, que de seguro no le hará daño; pero para digerir la de las fuentes de la Barrera y el Torco se necesita estómago de perro. La del arroyo de las Calizas es tambien detestable, así como es excelente la del arroyo de las Arenizas. La del rio, desde Entrambasaguas abajo, es pasadera nada más, como compuesta de dos terceras partes de la del arroyo de las Calizas y una de la del arroyo de las Arenizas.

—¿Y cómo sabe V. todo eso? exclamó el maestro admirado, como el cura y los demas vecinos, de lo que yo acababa de decir.

—Lo sé porque esta mañana me he entretenido en averiguarlo.

—¿Qué, así como quiera, con sólo verlas ó probarlas, se averigua si las aguas son buenas ó malas? Para averiguar todos nosotros algo ménos de lo que V. ha averiguado en un instante, hemos necesitado nacer y vivir siempre en la aldea, y el mismo boticario del valle, que es hombre que sabe mucho, necesita hacer una infinidad de operaciones para saber si un agua es mala ó buena. ¿Cómo quiere V., Don Antonio, que no le tengamos á V. por el hombre más sabio que ha nacido en esta tierra, despues de ver lo que hemos visto

desde que Dios le trajo á V. por aquí?

—Tiene muchísima razon el maestro, dijo el señor cura.

—Sí, señor, tiene muchísima razon, repitieron todos los circunstantes.

La tufarada de incienso de que me veia rodeado era tal, que no tuve ya paciencia ni conciencia para seguir recibéndola, y pensé que necesitaba yo ser un bribon de siete suelas para seguir consintiendo el error de aquellas buenas gentes.

—Señor maestro, exclamé, ustedes se equivocan grandemente al suponerme un sabio consumado. Yo agradezco á todos ustedes el bondadoso concepto que de mí han formado, pero mi conciencia de hombre de bien me prohíbe aceptarle, por mucho que halague mi vanidad de hombre débil. Yo soy un pobre hijo de nuestras queridas montañas, que como otros han salido aficionados al comercio, á la industria, á la navegacion ó á la agricultura, salí aficionado á las bellas letras. El deseo de saberlo todo ha sido siempre en mí grande; pero mi mala fortuna me ha condenado á ignorarlo todo. Digan ustedes que soy un poco curioso y observador, y acertarán; pero si dicen que soy un sabio, se reirán de ustedes y de mí las personas que lo oigan y me conozcan. ¿En qué fundan ustedes la errónea opinion que de mi saber tienen?

—En lo que hemos visto desde que ayer hizo V. huir atemorizados á los perros sin amenazarlos siquiera, hasta hoy, que con visitar las

fuentes, los arroyos y el rio, y sin preguntar á nadie más que los nombres, ha averiguado cuál agua es buena y cuál mala, y hasta la cantidad proporcional que recibe el rio de cada uno de los dos arroyos de que se compone.

—Pues yo les voy á convencer á ustedes de que cualquier pobre diablo puede saber todo eso que tanto ha maravillado á ustedes, con tal que tenga la única buena cualidad que yo tengo, consistente en ser un poco observador, curioso y amigo de saber.

Para hacer huir á los perros que más furiosamente le acometen á uno, basta inclinarse al suelo, asiendo con los dientes el ala del sombrero ú otro objeto que le oculte á uno la cara y no le embarace el movimiento de las manos. La explicacion de esto, que parece un fenómeno, está en

la consideracion de que todos los perros tienen miedo á lo monstruoso y extraño, y en que apénas hay uno que no recuerde instintivamente haber recibido una pedrada despues de inclinarse al suelo una persona.

—Jesus, pues eso no tiene mérito ninguno sabiendo el secreto.

—El de la cuenta que eché ayer á Ramon es sencillísimo; rebajé mentalmente dos unidades del guarismo de la derecha de la primera cantidad, y las antepuse al guarismo de la izquierda, con lo que averigué cuál habia de ser la suma total de las cinco cantidades, y luégo cada guarismo de las dos cantidades puestas por mí era la diferencia que habia de 9 á cada uno de los guarismos puestos precedentemente por Ramon.

(Se continuará.)

ANTONIO DE TRUEBA.



EFEMÉRIDES ESPAÑOLAS.

Mayo.

Día 1.º—1518. Reunion de las Cortes de Aragón y petición de varios de sus diputados para la reforma del Enjuiciamiento del Santo Oficio, con el objeto de reprimir algunos excesos de los inquisidores.

2.—1808. Glorioso levantamiento del pueblo de Madrid contra las tropas francesas y heroica defensa del parque de Artillería, donde murieron los oficiales del arma don Luis Daoiz y D. Pedro Velarde.

3.—1808. En la madrugada de este día son fusilados en el Prado de Madrid por orden de Murat, centenares de personas de ambos sexos, por consecuencia de los sucesos del día anterior. La sangre de estas víctimas clamó venganza y provocó la lucha sangrienta que puso en armas á todos los españoles, que en cien combates pelearon por su libertad é independencia contra los soldados aguerridos del Capitan del siglo.

4.—1556. Es degollado en la plaza pública de Valladolid D. Alfonso de Peralta, por no haber defendido bien contra los moros la plaza de Bujía.

5.—1023. Muere atravesado de un flechazo en el sitio de Visco, Alfonso V, rey de Castilla y de Leon. Este monarca, vencedor muchas veces de los moros, mejoró notablemente la legislacion.

6.—1524. Carta real patente, expedida en Búrgos por el rey D. Carlos I, incluyendo otra de los Reyes Católicos de 3 de Diciembre de 1498, concediendo á la *provincia y hermandades de Álava el privilegio de poder continuar en hermandad*, y nombrar un diputado general y otros oficiales.

7.—1709. Los españoles derrotan á los ingleses en los campos de Gadiana, y ganan á los portugueses la batalla del campo de la Gudiña ó de Caya.

Día 8.—1509. Conquistan los cristianos á los moros la ciudad de Orán, siendo sus capitanes generales el cardenal D. Fr. Francisco Jimenez de Cisneros y el conde D. Pedro Navarro, consagrando aquél la mezquita en la iglesia dedicada á la Santísima Virgen María con el titulo de la Victoria.

9.—1518. Carlos I de España entra en Zaragoza y jura en manos de Lanuza guardar los fueros del país.

10.—1713. Felipe V introduce en España la ley sálica en Cortes celebradas en este día. Esta ley, procedente de los francos sálíos, contiene cerca de 400 artículos, y su artículo 6.º del titulo 62 consigna que sólo los varones tienen derecho á la sucesion de ciertos feudos. En 1316, esta prescripcion se hizo extensiva por vez primera á la sucesion monárquica con ocasion de la muerte de Luis X de Francia. Esta prescripcion fué derogada en España por Fernando VII.

11.—1839. Memorable accion de Ramales, en la que se distinguieron los generales Espartero, O'Donnell, Alcalá, Linage, Urbina, Dulce, Gándara y otros, que bizarramente acometieron á las formidables huestes del general Maroto, que desde el 17 de Abril al 13 de Mayo estuvieron en continua lucha, admirándose en ambos ejércitos prodigios de heroismo y de valor.

12.—1767. Nace en Badajoz D. Manuel Godoy, que de simple guardia de Corps llegó á ser secretario de Estado, generalísimo, duque de Alcudia y príncipe de la Paz.

13.—1809. Batalla de Coimbra, ganada por los ejércitos aliados, al mando de lord Wellington.

14.—1503. Los franceses evacuan á Nápoles y entran en dicha ciudad los españoles al mando del Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba.

- Día 15.—1170. Muere en Madrid el santo labrador Isidro, que fué canonizado solemnemente por Benedicto XIII. En el mismo día 15 Mayo del año 1528 se dió por primera vez culto á este santo en la ermita de la ribera del Manzanares, fundada por la emperatriz Doña Isabel, esposa del emperador Carlos V, y en 15 de Mayo de 1608 se concluyeron las obras y se bendijo la capilla de San Isidro, en la casa que fué del hidalgo Juan de Vargas, amo del santo, convirtiéndose en oratorio la habitacion que ocupó el humilde patron de Madrid.
- 16.—1811. Memorable batalla de la Albuera, ganada por los generales Castaños y Beresford contra el mariscal Soult, quien perdió en la jornada 8.000 hombres.
- 17.—1696. Muere en Madrid, en la Casa de los Consejos, la reina doña María Ana de Austria, segunda esposa de Felipe IV.
- 18.—1537. Sobrecarta expedida en Valladolid por el rey D. Carlos I, *confirmando* á la provincia y hermandades de Álava las leyes y ordenanzas con que desde tiempos anteriores, y *con aprobacion* de varios monarcas, *se venía rigiendo y gobernando*.
- 19.—1373. Enrique II de Castilla se apodera de Lisboa.
- 20.—1636. Establecimiento del papel sellado en España.
- 21.—1529. Los moros se apoderan del Peñon de Argel, fortaleza que habia mandado construir Carlos I, y que defendió heroicamente Martin de Vargas.
- 22.—1451. Nace en Madrigal la reina doña Isabel la Católica, á quien la Providencia tenía reservados los más altos destinos: fueron sus padres D. Juan II y doña Isabel de Portugal, y con su matrimonio con el rey D. Fernando se unieron los reinos de Castilla y Aragon.
- 23.—1842. Muere en Madrid el inspirado poeta lírico D. José Espronceda, autor del poema *El Diablo Mundo*.
- Día 24.—719. Los moros toman la ciudad de Toledo, concediendo á los cristianos seis templos para el culto de su religion, cuyos feligreses se llamaron Muzárabes.
- 25.—1808. Se publica la Convocatoria del Congreso de Bayona. En este decreto fueron nombrados por Murat diputados el duque de Frias, el de Medinaceli, el de Híjar, el conde de Orgaz, el de Fuentes, el de Fernan Nuñez, el de Santa Coloma, el marqués de Santa Cruz, el duque de Osuna y el del Parque, todos como grandes de España.
- 26.—1735. Salen del puerto de Cádiz D. Jorge Juan y D. Antonio Ulloa, á practicar operaciones en el Ecuador, medir un grado del meridiano y determinar la verdadera figura de la tierra.
- 27.—1813. Evacuan definitivamente á Madrid los ejércitos de Napoleon y su hermano José I en direccion al Ebro, perseguidos y hostigados de cerca por ingleses, portugueses y españoles, entrando despues en dicha capital el ejército aliado.
- 28.—1096. Rodrigo Diaz de Vivar, conocido por el *Cid Campeador*, conquista de los moros la ciudad de Valencia.
- 29.—1810. Se traslada la regencia á Cádiz.
- 30.—1108. Memorable batalla de Uclés, conocida en la historia con el nombre de «La batalla de los siete condes.» Los moros sorprendieron al infante D. Sancho, hijo de la Zayda, á quien habia enviado su padre el rey D. Alfonso VI, vigésimo cuarto rey de Leon, para representar su persona al cuidado de su ayo el conde D. Garcia de Cabra, quien, cubriéndole con su rodela y defendiéndole con su espada, perdió juntamente con él la vida, no pudiendo resistir á la multitud y saña de los mahometanos.
- 31.—1366. D. Enrique de Trastamara es coronado en Búrgos como rey de Castilla.



LA CONVERSION DE SAN PABLO.

(25 DE ENERO.)

Saulo, que despues de su conversion tomó el nombre de Pablo, nació en Tarso (Cilicia); era ciudadano romano, y se educó en la observancia más estricta de la ley mosaica, dedicándose á la construccion de tiendas, cuyo oficio ejercia aún al tiempo de predicar el Evangelio. Saulo, animado de un ódio mortal contra los cristianos, guardaba los vestidos de los que lapidaban á San Estéban, y hasta alcanzó cartas que le autorizaban á detener á todos los cristianos que encontrase en Damasco. Caminaba á dicha ciudad, cuando una luz celeste le arrojó del caballo, quitándole la vista, y escuchó al propio tiempo una voz que le decia:—*Sau-*

lo, Saulo, ¿por qué me perseguís?— ¿Quién sois, señor?— preguntó á su vez.—*Soy Jesus, á quien perseguís.—* Entónces temblando añadió Saulo:—*¿Qué quereis que haga?—Que busqueis á Ananías, el cual os declarará mi voluntad.*

Obediente al mandato, se hizo conducir á casa de Ananías, á quien Dios habia revelado el estado de Saulo y lo mucho que de él esperaba para su gloria. Ananías le devolvió la vista, y despues de bautizarle le predijo todo lo que tendria que sufrir por Jesucristo.

El nuevo apóstol, iluminado por el Espíritu Santo, recorrió desde entónces las sinagogas, declarando

abiertamente que Jesus, á quien tanto habia perseguido, era el Mesías verdadero. San Pablo no recordaba nunca su conversion sin la gratitud más viva, y la Iglesia, al instituir su

fiesta, se ha propuesto dar gracias á Dios por aquel prodigio, y señalar á los pecadores un modelo digno de imitacion.



SANTA ÚRSULA, VIRGEN Y MÁRTIR.

(21 DE OCTUBRE.)

Nada positivo se conoce sobre la historia y el misterio de Santa Úrsula y sus compañeras. Una tradicion muy antigua ha conservado su recuerdo, haciéndolas célebres en la Iglesia. Parece que estas santas mártires abandonaron la Gran Bretaña hácia el siglo v, prefiriendo perder su vida á su virginidad, y fueron condenadas á muerte por el ejército de los Hunos, que asolaba el país en que se habian refugiado.

La crónica de Sigiberto coloca su martirio en el año 453, añadiendo que lo sufrieron en el bajo Rhin, y que fueron enterradas en Colonia.

Siguiendo la costumbre de la época, se edificó sobre sus tumbas una iglesia, que era muy célebre en 643, cuando San Cuniberto fué elegido arzobispo de aquella ciudad, siendo muchos los prelados que posteriormente las han tenido la mayor devocion y rezado durante noches en-

teras delante de sus tumbas, en las que se operaron muchos milagros.

Santa Úrsula, que condujo al cielo tantas almas, es considerada como

LA MEDICINA DEL PERRO ENFERMO.

En cuanto tenemos la más ligera indisposicion, nos abandona el apetito, y no faltan, sin embargo, algunos pueblos, donde se observa la costumbre de alimentar á los enfermos, á fin, segun dicen, de darles fuerzas para que puedan soportar la enfermedad.

Ya sabeis, amiguitos míos, que cuando os sentis malos y el médico manda que esteis á dieta, acostumbrais á enfadaros y á pedir pan, y llorais cuando no os hacen caso, hasta que vuestra mamá, que es demasiado buena, se ablanda y no cree perjudicaros satisfaciendo vuestro deseo. Esta es una mala costumbre, á la que pueden atribuirse muchos graves accidentes, que convierten un ligero malestar en una enfermedad peligrosa, y hasta llegan á ocasionar la muerte. Este error no existiria si observásemos cómo se curan los animales.

Yo tenía un hermoso perro, muy cariñoso, vivo, ágil y siempre alegre. Todas las mañanas le encontraba á la puerta de mi cuarto esperando con impaciencia á que me despertara, y en cuanto me veia mostraba

el modelo de las personas que se consagran á dar una educacion cristiana á la juventud, estando bajo su advocacion varios colegios de Francia, Alemania, Italia y España.

su contento con tales saltos, carreras y ladridos, que era una diversion. Una mañana faltó, contra su costumbre, de su sitio ordinario, y le vi tendido en un rincon. Me acerqué á él, y al oírle gruñir, conocí que no queria que se le molestase. Le llevaron su comida, y la miró con indiferencia, volviendo á dormir sin tocarla. Al almorzar yo, le tiré un hueso y lo recibió mal. De vez en cuando se levantaba, y con la cola baja iba á lamer un poco de agua, volviendo enseguida á su sitio y á su sueño. Durante dos dias, el ayuno fué completo, y se limitó á beber, dormir y gruñir cuando alguno se acercaba á él.

Al tercer dia, que estaba muy templado y hacia un sol magnífico, el perro fué á dar un paseito al jardin: comió algunas hierbas que le provocaron la tos y el vómito. Después de su paseo volvió á acostarse en su rincon; pero observé un buen síntoma: siempre que se despertaba, dirigia una mirada á hurtadillas á la cazuela de su comida. Una vez llegó hasta á olerla. Finalmente, al otro dia cuando me levanté le vi á la

puerta de mi habitacion, esperándome segun costumbre. Medor habia recobrado su alegría, su apetito y su amistad hácia su amo.

Imitemos á Medor siempre que estemos enfermos: la tranquilidad, el sueño, una dieta absoluta, una bebida refrescante, facilitan en extremo la mision del médico. Desconfiemos de las medicinas enérgicas que dan la vida ó la muerte. Paciencia, dieta, sueño: hé ahí los grandes remedios enseñados á los animales por la naturaleza.

Algunas veces les enseña otros, y por eso Medor comia las hierbas que

le producian el vómito, dándonos ejemplo de que debemos no cargar el estómago. La prudencia es más necesaria que nunca cuando se emplean remedios violentos. El perro y los demas animales no se engañan, porque la naturaleza les guia; pero nosotros podriamos equivocarnos, por creer siempre que sabemos más que la naturaleza. Consultemos á los hombres de experiencia, y aguardemos á que los médicos nos digan qué es lo que debemos añadir á los remedios enseñados por la naturaleza: paciencia, dieta y sueño.

T. LEBRUN.

LA MEJOR AMIGA.

(Continuacion.)

» Adios, querida mamá; no estés triste; está tranquila acerca de mi suerte; mi principal me estima mucho; los demas dependientes de la casa me quieren, pues procuro ser servicial y complacer á todos: por las noches estudio en los libros que me traje, para no olvidar la gramática y la historia, en lo que ya sabes estaba muy adelantado: el estudiar es para mí muy agradable y muy consolador, porque, la verdad, el alcanzar piezas de tela y el llevar á las compradoras sus paquetes, no es para mí cosa que me satisface; pero paciencia, y pues Dios lo quiere, hágase en todo su santísima voluntad.

» Tu hijo, que te abraza y te quiere de todo corazon,

» LUIS. »

Esta carta fué un bálsamo delicioso para la pobre y solitaria viuda; y en medio de su aislamiento, dió á Dios mil y mil gracias.

X.

El señor de Cifuentes, á pesar del mal estado de sus negocios de América, estaba preocupado con la idea fija de volver allí; pero ya no queria que fuese solo, sino acompañado de su familia.

Participó á su esposa este deseo, y esta le aseguro que desde luégo estaba dispuesta á seguirle y á soportar con él toda clase de privaciones hasta que la suerte le sonriese de nuevo, y que se llevarian á sus hijos.

Mas ¿cómo exponer al anciano padre de la señora de Cifuentes, débil y achacoso, á los peligros de una larga travesía y á los de cambio de clima? ¿Cómo en tan avanzada edad podria soportarlos?

Confusos andaban los esposos, y lo iban dilatando todo lo posible; mas la estacion propia para embarcarse se aproximaba, y un dia su hija habló de la posibilidad del viaje.

Su padre, al oirlo, quedó pensativo, y permaneció triste durante todo el dia, pero nada dijo que demostrase su deseo de acompañarlos.

Ademas, ¿cómo abandonar á la pobre viuda, privada hasta de la compañía de su hijo? ¿Con qué podria sostenerse? ¿De qué viviria? Si le hubieran podido señalar una pequeña renta, hubiera marchado á Barcelona cerca de Luis, y esto hubiera sido para ella una dicha inmensa; pero se tocaba con un imposible en la carencia de medios de la familia.

En estas perplejidades se pasaron algunos dias; la señora de La Roca se habia apegado á Enriqueta con un tierno cariño; no podia olvidar cuánto habia amado á su desdichada Amelia, y que, por ir á jugar con ella, se habia expuesto al enojo de su madre y á un severo castigo.

La señora de La Roca era el aya

de Enriqueta, y el alma tierna de la pobre viuda, puesta en íntima comunicacion con el hermoso natural de la niña, alcanzó á hacer de Enriqueta una criatura amable, dulce y respetuosa.

Curada de su funesta aficion á que la adulasen, con el escarmiento de Anita, Enriqueta aprendió, bajo la saludable direccion de su tia, á amar la verdad, aunque algunas veces sea un poco dura; aprendió tambien á obedecer ciegamente, y sin murmurar, las órdenes de sus padres y mayores, segura de que aquellos sabian mucho mejor que ella lo que le convenia, y lo que debia hacer.

Una tarde que el abuelito, la tia y la sobrina salian para dar un paseo por la plazuela de Oriente, hubieron de detenerse para dejar pasar un grupo de gente. Enriqueta, llevada de la curiosidad tan natural en su edad, fijó en él los ojos y dejó escapar un grito, mostrando á su abuelo y á su tia una mujer que caminaba entre dos agentes de seguridad, llorando, y cubriéndose el rostro con su delantal.

— ¡Abuelito! ¡Tia! ¡Es Anita! exclamó la niña asombrada.

Era, en efecto, la elegante camarera.

— ¡Dios mio! ¿Qué habrá hecho esta desdichada? exclamó el anciano.

— ¿Qué ha hecho? respondió uno de los agentes que lo oyó: ha robado una cantidad de dinero en la casa en que servia, y la vamos á poner á la sombra: tiene galera para veinte años.

— Y siguieron andando y llevándose á la pobre Anita, que sollozaba muerta de vergüenza.

— ¡ Dios es justo! murmuró el anciano alzando los ojos al cielo.

— Sí, padre mio, añadió la señora de La Roca; y esa mujer paga ahora el haber pervertido el carácter de mi pobre hija; pero ¡ ay! ¡ Yo tengo que lamentar su pérdida, de la que jamas me consolaré!

— ¡ Dios es justo! repitió el anciano: ¿ quién sabe si Amelia hubiera seguido en el camino del mal y de la rebeldía? Para verla despreciada de todos, vale más que llores sobre su tumba y la cubras de flores: era un arbolillo con perfumes venenosos que Dios, siempre previsor, ha cortado en la mañana de su vida.

— ¡ Sí, sí, es verdad! repuso la madre de Luis: Dios me ha dejado el fruto sano y hermoso, y se ha llevado el que empezaba á dañarse.... ¡ Bendita sea su sábia providencia!

— Yo rezo todos los dias para pedir á la Virgen dos cosas, dijo Enriqueta.

— ¿ Y cuáles son, hija mia? preguntó su abuelo cariñosamente.

— La primera, que tenga á Amelia en su santa gloria; la segunda, que me permita ver pronto á Luis.

— ¡ Verle tú! ¡ Ay, hija mia! exclamó la señora de La Roca: ¡ dentro de poco surcarás los mares, y te alejarás de nosotros!

— ¡ Alejarme! Si papá se va á la Habana otra vez, ahora nos iremos todos con él. ¿ No es verdad, abuelito? ¿ No es verdad, tia mia?

El anciano miró á su hija política como en demanda de la respuesta que la niña pedia: la viuda contestó con acento dulce, pero firme:

— No puedo alejarme de la tumba de mi esposo, ni del cielo bajo el cual respira mi hijo.

— Ni yo, repuso el anciano: contigo me quedaré cerca de la tumba de Andrés, y esperando que Luis vuelva á nuestro lado: tu madre, Enriqueta, debe seguir á su marido. Antonio y tú á vuestros padres: el sitio de tu tia y el mio están aquí: ¡ la tumba de mi hijo, la vida de mi nieto! ¡ Hé aquí mi mundo sobre la tierra!

La viuda y el anciano se abrazaron, como para sellar este convenio.

XI.

El señor de Cifuentes no podia ya dilatar por más largo tiempo su viaje á Ultramar; para determinar el dia, se tuvo un consejo de familia, y se convino en que el anciano señor de La Roca se quedaria al cuidado de su hija política, que le amaba con la misma ternura que á su padre.

El señor de Cifuentes enviaria una pension tan grande como pudiese para las necesidades de los dos; esta pension, que á la llegada debia de ser módica, iria siendo más gruesa segun sus negocios fueran mejorando.

Del producto del moviliario, de los ricos trajes y alhajas de la madre de Enriqueta, y del de los carruajes y caballos, se haria el viaje, se deja-

ria una cantidad para los que se quedaban, y viviría en la Habana la familia hasta que el trabajo y los negocios diesen algunos productos.

Este era el mejor modo de arreglar las cosas; y ya determinado, no había que temer otra cosa que el dolor de la separación, que ya estaba muy cerca.

La señora de La Roca estaba dotada de un carácter dulce y afectuoso, y se apasionaba de todos los que su corazón y su deber le mandaban amar; adoraba á Enriqueta, y el pensar en que se alejaba, acaso para siempre, llenaba de dolor su corazón.

Por lo que hace al anciano, al pensar en que su hija se alejaba de él, y que, atendida su edad, era probable que jamás volvería á verla, sentía una pena terrible traspasar su corazón.

Sin embargo, la inexorable necesidad pudo más que el sentimiento, y se fijó la partida para dentro de quince días.

La afligida familia no se separaba: ¡qué mucho, si son tan dulces los lazos de la sangre! ¡Niños míos, no hay en la tierra nada comparable á esas uniones dulcísimas entre padres é hijos, entre hermanos y hermanas!

Tres días habían pasado desde que se había tomado aquella determinación decisiva, cuando llegó una carta de Luis, que su madre abrió y leyó en voz alta, después de la comida. Decía de esta suerte:

« Mi amada mamá: ¡ Bendigamos á la Providencia! ¡ Ya somos dichosos! Ya no nos separaremos más; y

es tanta la alegría que inunda mi corazón, que no sé cómo podré coordinar mis ideas.

» En fin, mi querida mamá, voy á ver si puedo expresarme..... Ya sabes que te he hablado de la señora Condesa á quien fuí á llevar un corte de vestido que compró en casa de mi principal; ya sabes que se informó de mi familia, que me dijo había conocido á papá, que vió tu retrato y que me quiso dar una cantidad de dinero, que yo rehusé. Pues bien: esta mañana vino á casa, pidió á mi principal media hora de conversación y al salir de su despacho me golpeó la mejilla, y me dijo:

» ¡ Adios, Luis: hasta luego!

» Salió en su coche y desapareció.

» Entonces me llamó el principal y me dijo:

« — Luis, óyeme con atención: la señora Condesa sale dentro de dos días para Madrid: quiere llevarte consigo, volverte al lado de tu madre, y costear allí tus estudios; pero yo te he tomado mucho cariño: soy solo en el mundo, rico, y si la carrera del comercio no te repugna demasiado y quieres permanecer conmigo, cuanto tengo será á mi muerte para tí..... Siguiendo este último partido, serás rico; accediendo á los deseos de la Condesa, es probable que no pases nunca de una medianía: decide tú.

» Tomé la mano de mi principal, y la besé humedeciéndola con mis lágrimas; la gratitud llenaba mi corazón; sin embargo, tuve valor para contestarle que su afecto me con-

movia profundamente, pero que tenía una irresistible vocación á la carrera en que mi padre habia brillado tanto: añadiendo que además deseaba estar al lado de mi madre y abuelito.

—» Tu madre vendrá aquí, y tu abuelo también, dijo mi principal.

—» ¡Oh, señor! respondí: ni uno ni otra se querrán separar de la tumba de mi padre..... y además, el cambio de clima y de alimentos á la edad de mi abuelo, le puede ser muy perjudicial..... Por otro lado, repito que me siento irresistiblemente inclinado á la carrera de mi padre.

—» ¡A la verdad que esa carrera no le trató muy bien! dijo él un poco enojado.

—» Ya lo sé, señor, respondí; pero la vocación lo recompensa todo.

—» ¿De modo que partirás con la Condesa?

—» Si V. no se opone, sí, señor.

—» Desde hoy te espera, pues; vete, y ¡ojalá nunca te arrepientas de lo que hoy haces!

» Mi principal, después de decirme estas palabras con voz conmovida, me dejó sólo: yo me retiré muy triste; pero, pasada una hora, vino él á mi cuarto, y me dijo:

—» Perdóname, hijo mío, la impaciencia de esta mañana..... Tú eres dueño de tu voluntad, y acaso obras como debes..... Un criado va á acompañarte á casa de la Condesa: toma esta pequeña muestra de mi afecto, y como recompensa de los meses de trabajo que has pasado; adiós, y que seas dichoso: no voy á despedirte, porque siento demasiado el que te separes de mí.

» Cuando salió, abrí la cartera que me habia dado: contenia dos billetes de á mil reales.

(Se continuará.)

PROBLEMAS.

Para trazar con sólo dos rectas un cuadrado (problema núm. 23), bastará doblar el papel, de manera que su misma doblez pueda servir de regla para el trazado. De este modo la punta de la pluma traza una línea y el borde otra. Después, invirtiendo el papel, se verifica la misma operación, y resulta hecho el cuadrado, sin trazar más que dos líneas.

El problema núm. 24 puede tener un gran número de soluciones, gracias al admirable desorden del sistema monetario español, ó mejor dicho, de los mil sistemas monetarios. El duro puede formarse con un escudo, dos pesetas y diez y siete cuartos sueltos; con un escudo, una peseta, seis medios reales y doce cuartillos de á real; y desde el momento en que se utilicen los *perros grandes y chicos*, las combinaciones pueden ser muchas más.

Las aves de rapiña del problema 25 eran 720, y los gavilanes 20.

Los gatos de Pedro eran 7, y los de Juan 5. Muchos de nuestros suscritores han salvado en este

problema una involuntaria equivocación de imprenta.

Respecto á las perdices del problema núm. 27, con toda verdad os digo que no quedaron más que las muertas, porque las otras huyeron.

NIÑOS SUSCRITORES QUE HAN ACERTADO

LOS PROBLEMAS:

D.^a María de la Paz Baneto, de Villanueva del Fresno, el 25, 26 y 27.

D.^a Filomena Rizaldos, de Villaluenga de la Sagra, el 24, 25, 26 y 27.

D. Antonio Rius y Juliá, de Barcelona, el 19 y 20.

D. Antonio Marin y Gargollo, de Madrid, el 24, 25, 26 y 27.

D. Felipe Zamarro, de Madrid, el 24 y 27.

D. Gil Saltor, de Sans, el 19, 21 y 22.
 D. Isidro García Lastra, de Madrid, el 24.
 D. J. L. de Escoriaza, de Madrid, el 24.
 D. José María de Ortega, de Madrid, el 24.
 D.^a Patrocino Arrazola, de Madrid, el 24, 25 y 26.
 D. Gaspar Echeverría, de Madrid, el 24, 25, 26 y 27.
 D. Angel Mosquera y Fernandez, de Madrid, el 24, 26 y 27.
 D.^a María de los Ángeles Ruiz Jimenez y Novella, de Madrid, el 24, 26 y 27.
 D.^a Petra Cobelo y Diaz, de Madrid, el 24 y 25.
 D. Jesus Menendez y Canton, de Oviedo, el 24, 25 y 26.
 D. Mariano Saez, de Segovia, el 24, 25 y 26.
 D.^a Amalia Arribas Arroyo, de Madrid, el 24, 26 y 27.
 D. José Quintanilla, de Santander, el 24, 26 y 27.
 D. Jesus de Velasco y Xerica, de Madrid, el 23, 24, 25, 26 y 27.
 D. José Morales y Sellan, de Madrid, el 23, 24, 25, 26 y 27.
 D. Luis y D. Ramiro Muñoz de Remisa, de Madrid, el 24, 25, 26 y 27.
 D. Antonio Gaston y Mendez, de Madrid, el 26 y 27.
 D. José Sainz, de Madrid, el 25, 26 y 27.
 D. José Rafael Castilla Raubla.
 D. Adolfo Moris, de Madrid, el 24, 26 y 27.

D.^a Josefa de Llanos, de Madrid, el 24 y 26.
 D. César Lamber, de Pina, el 24, 25, 26, y 27.
 D. José G. Marzan, de Madrid, el 23, 24 y 26.
 D. Rafael Palacios del Valle, de Madrid, el 24 y 27.
 D. Enrique Martinez, de Madrid, el 24, 25, 26 y 27.
 D. Gil Saltor, de Sans, el 25, 26 y 27.
 D. M. Rodriguez, de Málaga, el 23, 25, 26 y 27.
 D. Ricardo Oyuelos, de Madrid, el 24, 26, y 27.

PROBLEMAS NUEVOS.

Los problemas de este número, no son precisamente para que los acierten nuestros suscritores, sino para que cogiendo al vuelo su solución, se los planteen en seguida á los más chiquitos de sus hermanos.

Vayan, pues, siete ú ocho :

- 28.— ¿Cómo podrá evitarse que los mosquitos piquen á uno de noche?
- 29.— ¿Por qué se hacen las cocinas dentro de las casas?
- 30.— ¿Qué es lo primero que hace uno al salir el sol?
- 31.— ¿Qué duele más que un palo?
- 32.— ¿Qué se necesita para encender una bujía?
- 33.— ¿Quiénes vieron primero el mar?
- 34.— ¿Qué se hará para tener siempre dinero?
- 35.— ¿Qué está detras de *los cielos*?

INSTINTO DE LOS ANIMALES.

Dos ratones visitaban casi diariamente una huerta, y como eran muy tímidos, se situaban junto á una cuba de agua que estaba colocada en el ángulo formado por dos paredes.

Una mañana de verano, en que el sol daba de lleno sobre las paredes, llegaron nuestros dos ratones al mismo tiempo que el dueño de la huerta, que iba á inspeccionar unas plantas de alcachofas que le habian enviado desde Méjico, y que precisamente estaban sembradas en aquel rincon. Al examinar detenidamente sus plantas, le llamaron la atención los dos animales, y notó que uno de ellos estaba quieto, mientras que el otro corria de aquí para allá, bus-

cando granos. También observó que este último no tocaba á nada de cuanto recogia, sino que se lo llevaba á su compañero, que lo comia con apetito. Lleno de admiracion siguió observándoles, sin hacer ruido para no espantarles, y pudo ver que el raton que comia era ciego.

—Sin duda será el padre, que habrá perdido la vista, y el que con tanto cariño le cuida será su hijo. Si esto es cierto, dijo mentalmente el propietario, el pobre ciego debe ser feliz.

Terminado el almuerzo, el raton viejo pareció satisfecho y contento. Entónces el hijo le cogió suavemente por el extremo de una oreja con los dientes, le condujo hácia un agujero

que se veia en la parte superior de la pared, y ambos desaparecieron.

En otra ocasion observó un molinero inglés que un enorme raton salió de su agujero, y despues de mi-

rar á derecha é izquierda, se retiró con mucha precaucion, volviendo á salir muy poco despues arrastrando por la oreja á otro raton muy viejo y que parecia ciego. Este último que-



rá á la entrada del agujero, y el primero de los ratones y otro que salió despues se dedicaron á recoger granos y á colocarlos delante del ciego, que los comia con el mayor apetito.

Cuando hubo comido bien, sus

compañeros le pusieron en la boca una paja larga, con la cual le llevaron junto á un charco de agua, en el que apagaron su sed los animalejos. Despues, con el mismo orden, se volvieron á su agujero.